

Atenea



REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
BELLAS ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VI — Santiago, Abril de 1929 — Núm. 52

Romain Rolland

1800: RETRATO DE BEETHOVEN A LOS TREINTA AÑOS

Versión castellana de Carlos De Ambrosis Martins,
con autorización expresa de M. Romain Rolland

Este nuevo y extraordinario estudio del ilustre autor de «Juan Cristóbal» no tiene ninguna relación con la «Vida de Beethoven» publicada por Romain Rolland hace veinte años. El maestro nos lo advierte a manera de introducción:

«Una vez más he vuelto a calentar mis ojos al sol de Beethoven. Diré lo que él ha sido para nosotros, para los pueblos de un siglo. Lo sé ahora mejor que en la época en que le cantaba un himno de adolescente...»

LA música de Beethoven es hija de las mismas fuerzas de la imperiosa Naturaleza, que acababan de probarse en el hombre de las *Confesiones*. Ambos forman la flora de una nueva época.

Admiro esos jóvenes que enseñan los puños a Rousseau, o a Beethoven... Es como si apostrofaran a la primavera o al otoño, a la caída fatal de las hojas, o al fatal renuevo de los brotes... Rousseau y el *Sturm und Drang*, estos chaparrones de Marzo, estas tempestades del equinoccio, anuncian que una

sociedad antigua se descompone para formarse otra nueva. Pero antes que se constituya la nueva, debe emanciparse el hombre-individuo. Las reivindicaciones del individualismo rebelde son a la vez indicio y furriel del orden venidero. ¡Cada cosa en su tiempo! El yo, en primer lugar. Después la comunidad.

Pertenece Beethoven a la primera generación de los jóvenes Goethe de Alemania, a esos Cristóbal Colón que, lanzados en la noche del borrascoso mar de la Revolución, descubrieron su yo, y lo conquistaron ávidamente. Los conquistadores abusan. Están deseosos de coger. Cada uno de estos yo libres quiere mandar. Si no puede hacerlo de hecho, lo hace en el arte. Todo él es un campo en donde se despliegan sus batallones de pensamientos, sus deseos, sus penas, sus furros y sus melancolías. Los impone. Después de la Revolución, el Imperio. Beethoven lleva a ambos en su interior. En sus venas circula la misma sangre de la historia. Porque así como la Gesta imperial tuvo que esperar a Hugo para hallar un poeta digno de ella que la cantase, en las sinfonías y las sonatas de Beethoven anteriores a 1815 se ha inspirado su *Iliada*; así cuando el hombre de Waterloo cayó, Beethoven «imperator» abdicó él también; se desterró como el águila en la roca, en una isla perdida en medio del mar, más perdida que el islote en el Océano de Africa, pues no oía las olas estrellarse contra las rocas. Está amurallado. Y cuando, del silencio se eleva la voz del yo de los últimos diez años, no es ya el mismo yo, ha renunciado al imperio de los hombres; está con su Dios.

Pero el que estudiaré hoy es el yo de los combates. Es el más viril de los músicos. No tiene nada de femenino. Nada de esos espejismos de niño para quienes el arte y la vida son sólo burbujas de jabón... Es el escultor varonil que domina la materia y la doblaga entre sus manos. El maestro constructor para quien la Naturaleza es el taller. Para el que sepa mirar las campañas del Espíritu, que iluminan las victorias de la *Eroica*, del *Ut mineur* y de la *Appassionata*, lo más sorprendente no es la enormidad de los ejércitos, las olas sonoras, las masas que se lanzan al asalto: es el espíritu que manda, la razón imperial.

II

Pero antes de referirnos a la obra, hablemos del obrero. Reedifiquemos desde luego la armazón. El cuerpo.

Está construído con cal y arena. El espíritu de Beethoven

tiene la fuerza por soporte. Una musculatura poderosa y un cuerpo atlético. Veamos su gran estatura, sus piernas fuertes, su ancha espalda, su rostro rojo-oscuro curtido por el viento y el sol, el bosque de su melena negra, erizada, las cejas pobladas, la barba hasta los ojos, la frente y el cráneo anchos y altos, «como la bóveda de un templo», de robustas mandíbulas «que masticarían nueces», la boca y la «voz de león». No hay uno sólo de los que lo han conocido, que no se haya asombrado de su vigor físico. «Era la fuerza en persona», dice el poeta Castelli. «Ein Bild der Kraft», escribe Seyfried. Y esta fuerza no se desmiente nunca hasta los últimos años, hasta el pistoletazo de su sobrino, que le ha herido en el corazón. (El sobrino a quien amaba como a un hijo, quiso suicidarse.) La palabra «ciclópeo» sirve para caracterizarlo. Otros evocan a Hércules. Es un fruto duro, nudoso y agudo de la edad que ha producido a Mirabeau, a Dantón y a Napoleón.

Conserva esta fuerza mediante fuertes abluciones de agua fría, el cuidado que tiene de la limpieza corporal y sus diarios paseos durante toda la tarde, después de la comida, y que suelen durar hasta la noche. Además duerme profundamente, de lo cual se lamenta el ingrato.

Un régimen substancioso y sencillo. Nada de excesos. Nada de golosinas. Nada de beber (en mal sentido), como se ha dicho equivocadamente. Amante del vino como buen renano, pero sin abusar de él. Más que de carne, comedor de pescado: es su placer. Pero su cocina es rústica y ruda; los estómagos delicados no la soportan.

El espíritu que lo posee le devuelve, a medida que envejece, sus condiciones de vida desordenada. Le sería necesario una mujer que velara por él, sin lo cual se olvida de comer, y no tiene hogar. Pero no hay ninguna mujer que se dedique totalmente a él; y puede ser que su independencia le hiciese rechazar de antemano los derechos que alegraría sobre él semejante abnegación. Sin embargo, ama a la mujer y tiene necesidad de ella. Se ha exagerado su continencia sexual. Ciertas notas de su diario, que datan de 1816, en testimonio de su repugnancia, atestiguan lo que pudo gustarle la Venus de paso. Pero tiene del amor un sentimiento muy elevado para degradar sin vergüenza, estos encuentros «bestiales», como él decía. Termina por desterrar de su vida apasionada toda sensualidad. Y cuando la bien-amada de antaño, Giulietta, siempre bella, viene llorando a ofrecerse a él, la rechaza con desprecio. Defiende contra ella la santidad de sus recuerdos. Y defiende su arte, su Dios, contra la mancuerna...

Esta dominación del espíritu sobre la carne, esta poderosa constitución moral y física, esta vida sin exceso, habríale debido asegurar una salud inquebrantable. Roeckel, en 1806, que lo vió desnudo, resoplando en el agua, como un Tritón, dice «que se le hubiera podido predecir la edad de Matusalén».

Pero ha venido al mundo con una herencia. La probable disposición a la tuberculosis, procedente de su madre. El alcoholismo de su padre y de su abuela, al que ha resistido moralmente, pero que ha debido marcar sus defectos en el organismo. Una enteritis violenta, de la que sufre desde temprana edad. Quizá la sífilis. La debilidad de la vista y la sordera. Sin embargo, no es de ninguno de esos males del que ha muerto, sino de cirrosis del hígado. Además, en su última enfermedad se produjeron circunstancias fortuitas que determinaron la muerte: al principio una pleuresía a consecuencia de volver rápidamente en pleno y glacial diciembre, sin ropa de invierno, del campo a Viena, en el coche de un lechero; y, cuando esta primera enfermedad parecía haberse dominado, una nueva escena de cólera, que causó la recaída... De todas estas grietas del edificio, la única que atacó — terriblemente — al espíritu, fué, como es bien sabido, la sordera.

III

Pero en el punto de partida — que sería para el resto de los hombres un punto de llegada —, hacia 1800, a los treinta años, cuando ya ha conquistado el primer puesto, al lado del viejo Haynd, su fuerza parece intacta, y tiene la conciencia orgullosa... Quien se libra de las ligaduras y de la mordaza de un viejo mundo decadente, de sus amos, de sus dioses, debe mostrarse digno de su nueva libertad, debe poder llevarla. ¡Si no, que permanezca atado a la cadena!... La condición primera del hombre libre es la fuerza... Beethoven la exalta. Es conducido a sobreestimarla. «Kraft über alles!...». Hay en él del «Uebermensch» de Nietzsche, antes de la carta. Si puede ser generoso con ímpetu, es que tal es su naturaleza y le agrada ser regimiento desprendido «con los amigos en la necesidad» de su botín conquistado. Pero podría también ser despiadado, sin miramientos: en momentos lo es. No hablo de sus furiosas cóleras en las que no respeta a nadie, ni aún a sus inferiores. Profesa algunas veces una moral del más fuerte — «Faustrecht»:

La fuerza es la moral de los hombres que se distinguen de los otros; y es también la mía.

Es rico en el desprecio; desprecio del débil, del ignorante, del pueblo, lo mismo que de la aristocracia, y hasta de la buena gente que lo ama y lo admira; desprecio de todos los hombres, que es terrible, en el fondo, y que no ha logrado nunca eliminarlo del todo. Ni aún en 1825:

Nuestra época tiene necesidad — dice — de poderosos espíritus que zurren a estos miserables, gruñones, taimados, pordioseros de almas humanas.

En una carta de 1801 a su íntimo Amenda lanza este insulto a propósito de un hombre que le es fiel hasta el último suspiro, que se hace conducir enfermo a una casa vecina en que agoniza Beethoven, para tomar parte en los horrores de sus últimos días:

Yo los taso, a él y a los de su especie, solamente según lo que me producen. Los miro como simples instrumentos, de los cuales me sirvo cuando me da la gana.

Esta fanfarronada de cinismo, del cual hace ostentación ante el más religioso de sus amigos, la exhibe más de una vez en su vida, y sus enemigos se sirven de ello. Hacia 1825, cuando Holz entró en relación con él, el editor Steiner le dijo que hacía bien en servir a Beethoven, pero que Beethoven lo arrojaría después de haberse servido de él, como hacía con todos sus fámulos... Y Holz se lo contó todo a Beethoven.

A tales imputaciones da el mentís, en toda su vida, el torrente de su ardiente humanidad. Pero es necesario reconocer que las dos corrientes: el gran amor, el gran desprecio, chocan a menudo en él y que en plena juventud, cuando la victoria rompía todas las esclusas, el desprecio hervía.

Yo no idealizo. ¡Perdónenme las almas sensibles! Describo el hombre tal como lo veo...

Pero aquí es donde nos va a sorprender el sublime, el antiguo destino hiriéndole, como a Edipo, en su orgullo, en su fuerza, en lo más sensible, en su oído, en el instrumento de su superioridad.

Nosotros, que podemos a un siglo de distancia juzgar la tragedia, prosternémonos. Digamos: ¡Heilig! ¡Heilig! ¡Bendita sea la desgracia que te ha herido! ¡Benditos tus oídos tapados!...

No es solamente necesario el martillo; es necesario también el yunque. No hubiera habido tragedia sino un hecho cualquiera, si el destino hubiese encontrado un débil, un gran hombre falso para doblarle el dorso bajo la carga... Ha encontrado

a uno de su talla, que «le coge por el cuello», que se ha agarrado salvajemente a él toda la noche hasta el alba — la última — y que, muerto solamente, ha debido tocar la tierra con los dos hombros, pero que, muerto, es llevado, vencedor, sobre el pavés. Es que de su miseria ha hecho una riqueza, y de su achaque, la varita mágica que abre la roca.

IV

Volvamos a su retrato, en esa hora decisiva en que el destino va a hacer su aparición. Saboreemos lentamente el goce duradero del combate en la arena, entre la fuerza sin nombre y el hombre con cara de león...

Este «Uebermensch» sobre el cual se cierne la tormenta (las cimas llaman al rayo) está picado como de viruelas por los caracteres morales del tiempo: el espíritu de la revuelta, la antorcha de la Revolución. Desde la época de Bonn se han afirmado. El joven Beethoven estudiante ha seguido en la Universidad, en 1789, los cursos de Euloge Schneider, el futuro acusador público del Departamento del Bajo-Rhin. Cuando se sabe en Bonn la toma de la Bastilla, Schneider lee en la cátedra una poesía inflamada que levanta el entusiasmo de sus alumnos. Al año siguiente, el «Hofmusicus» Beethoven suscribe en la colección de poesías revolucionarias, donde Schneider lanza al antiguo mundo el reto heroico de la democracia que viene:

Despreciar el fanatismo, romper el cetro de la estupidez, combatir por los derechos de la Humanidad, ¡ah! esto ningún lacayo de los príncipes puede hacerlo. Es necesario almas libres que prefieran la muerte a la adulación, la pobreza a la servidumbre... Y sabed que de tales almas, la mía no será la última...

¿Quién habla? ¿Es Beethoven? Las palabras son de Schneider. Pero Beethoven las ha hecho carne. Esta orgullosa profesión de fe republicana, el joven jacobino, que tendrá después tiempo de sobra para cambiar su convicción política, pero que no cambiará jamás su convicción moral, la lleva arrogantemente entre la alta sociedad, en los salones de Viena, donde, desde sus primeros éxitos, trata sin miramiento a la aristocracia que lo festeja...

V

Este espíritu de revuelta orgullosa no se eriza solamente contra los de otra clase, sino también contra los de su clase,

contra los demás músicos, contra los maestros de su arte, contra las reglas.

«—Las reglas prohíben tal sucesión de acordes.»

«—Y yo, la permito.»

Si se muestra arrogante ante los otros, no lo es ante sí mismo. Hablando de sus defectos a Czerny, de su educación que le falta, dice: «Y sin embargo, yo tenía talento para la música...»

Nadie ha trabajado más rudamente, con mayor paciencia y tenacidad desde sus primeros a sus últimos días. Su curiosidad de espíritu es inmensa. Cuando se acerca la hora postrera, dice: «Empiezo a aprender».

¡Paciencia! Ya el hierro se desprende de los minerales en fusión. El amor celoso de la gloria, que sostiene sus rivalidades de virtuoso y las excitaciones del público, sólo es como erupción en la piel de los niños. Cuando sus amigos le hablan de su renombrada juventud:

¡Ah! ¡qué tontería! Jamás he pensado en escribir por la fama ni por la gloria. Es necesario que salga lo que tengo en el corazón; he aquí por qué escribo.

Todo está subordinado a la voz imperiosa de su vida interna.

VI

Siempre está solo. Se aísla desde la infancia con fuerza singular, por todas partes donde se encuentra, en la calle o en los salones. Cuando Mme. de Breuning lo ve así perdido en lontananza, olvidando todo, dice que tiene su «raptus». Más tarde, esto será como un abismo en que el espíritu desaparecerá de la vista de los hombres durante horas o días. No tratéis de llamarlo: sería peligroso. El sonámbulo no os lo perdonaría.

La música desarrolla en sus elegidos esta potencia de concentración sobre una idea, esta forma de «yoga» completamente europea, marcada con los caracteres de acción y de dominación del Occidente; pues la música es una construcción en marcha, en la cual todas las partes deben tomarse simultáneamente. Exige del alma un movimiento vertiginoso en la inmovilidad. La vista lúcida, la voluntad pendiente de ella, un vuelo cernido del espíritu sobre todo el campo del ensueño. En ningún otro músico este abrazo del pensamiento fué más violento, más continuo, más sobrehumano. Beethoven no suelta jamás la idea que tiene antes de poseerla. Nada le distrae en la persecución. No es en balde el que su juego pianístico esté

caracterizado por el «legato»: oponiéndose al juego de Mozart, fino, picado y cortado, así como al de todos los pianistas de su tiempo. Todo está ligado en este pensamiento que parece brotar por golpes torrenciales. La domina. Se domina. Parece entregado al mundo por sus pasiones. Pero, de hecho, nadie puede leer en el fondo de él el pensamiento que pasa.

A los treinta años goza en su intelecto de un equilibrio formidable sobre los elementos opuestos. Si fuera del arte deja de buena gana sus pasiones desbridadas, en arte les tritura la boca con el freno, y con un puño de acero.

VII

¿El Dios que lleva dentro de sí será acaso un Lucifer?...

«Dios» no es en mi boca una imagen literaria. Cuando se habla de Beethoven, es necesario hablar de Dios: Dios es para él la primera, la más real de las realidades. Lo veremos en todos sus pensamientos. Puede tratarlo de igual a igual, o como amo. Puede mirarlo como a un compañero de su vida a quien maltrata, como a un tirano a quien maldice, como un pedazo de yo, o como un amigo rudo, un padre severo «qui bene castigat...» (El hijo de Johann van Beethoven ha experimentado, siendo niño, el valor del procedimiento...) Pero sea quien fuere el que resista a Beethoven, éste le resistirá a todas horas del día, es de la casa y se aloja con él: no se ausenta nunca. Los otros amigos pasan. El sólo está siempre allí. Y Beethoven lo apremia con sus quejas, con sus reproches, con sus preguntas. El monólogo interior es constantemente de dos. Encontraréis por todas partes, y desde las primeras obras, estos diálogos del alma, de las dos almas en una, enlazadas y opuestas, discutiendo, batallando, cuerpo a cuerpo ligadas, ¿puede saberse acaso, si para la guerra o para el abrazo?... Pero una es la voz del Maestro. Nadie se equivoca.

Hacia 1800, Beethoven le contesta, reconociéndolo. Sin cesar, la lucha vuelve a proseguir. Cada vez el Maestro imprime en el alma su sello ardiente. Y acecha el incendio. Espera. Todavía no es sino el primer fuego el que se enciende al débil aliento de Amenda, el religioso amigo. Pero la llama y la hoguera están listas. ¡Llega el viento!...

Hélo aquí.

VIII

El mal que cae sobre él, entre 1800 y 1802, como la tor-

menta de la «Pastorale» — ya no se volverá a ver más al joven cielo en su flor — lo hiere a la vez en todo su ser: en su vida social, en el amor y en el arte. Todo es alcanzado. Nada escapa. La vida social, desde luego. ¡No es poca cosa para el Beethoven de 1800!...

Imagínese el brillo de un artista que acaba de dar al mundo, en cinco años, las diez primeras sonatas para piano (y, en el número, *La Patética*), las cinco primeras sonatas para piano y violín, los ocho primeros tríos, los seis primeros quatuors y (de un golpe, en un ramillete arrojado a los pies del príncipe Lobkowitz) los dos primeros conciertos para piano y orquesta, el «Septuor», la *Serenade*.

Sólo nombro las obras más célebres, aquellas cuyo fuego, un siglo después, no ha palidecido en absoluto. ¿Se puede representar el tesoro de poesía y de pasión que este genio mozo ha vertido allí dentro: gracia melodiosa, humor y fantasía, furores desencadenados, o sombríos sueños? Todo un mundo nuevo, como lo han sentido inmediatamente sus contemporáneos, y sobre todo, la gente joven. Como diría Luis Schlosser:

«El héroe musical, cuyo genio desencadenó el infinito interior ha fundado una nueva era del arte...»

También esta música para teclado y para orquesta de cámara (puesto que este fogoso genio ha tenido la rara paciencia de emprender la conquista de la gran sinfonía una vez que pudo someter todo el dominio de la *Kammermusik*) gozó de una popularidad sin ejemplo. Antes de los treinta años es reconocido como el más grande de todos los compositores para teclado; y, en cuanto a los demás, se consideran solamente como sus iguales a Mozart y a Haynd. Desde los primeros años del siglo se toca su música en toda Alemania, en Suiza, en Escocia, en París (1803). A los treinta años es ya el vencedor del porvenir.

IX

Hay biógrafos que se complacen en dar lecciones a sus héroes. Los de Beethoven no han dejado de hacerlo. En el curso de la monumental obra que le han consagrado, Thayer y sus sucesores alemanes se dedican a probar que sus desgracias (hasta la sordera) Beethoven las tiene bien merecidas.

¡Es verdad! Hizo mal en no saber adaptarse a la medida ordinaria. Ponen mucho celo en demostrar que no fué en suma tan desgraciado. Verdad es que este desgraciado llevaba en sí la inmensa alegría de las Sinfonías...

Pero cuando toman como argumento su risa para negar su dolor, carecen no solamente del sentido de la grandeza, sino también de la más elemental humanidad. La historia, en manos de eruditos concienzudos que buscan la vida en los archivos, sin buscarla en el hombre, es una traición. Yo no quisiera ser injusto. Han recogido meticulosamente, con paciencia de hormigas, un tesoro de documentos, los cuales no podremos agradecerles lo bastante; y su sangre de buenos músicos se enardece de vez en cuando para rendir un bello homenaje a la perfección del arte. ¡Pero qué despojados de vida están! ¡Y cómo la vida es para ellos un indescifrable enigma! Ninguna psicología. Y sobre todo, no se dan cuenta nunca de las proporciones del héroe. Lo miden con el metro común a todos los hombres. Tienen razón. ¡Tienen la culpa! Su metro les da derecho a juzgar desproporcionada la montaña. Es que lo ven de abajo. Y la montaña, a su vez, tendría derecho a tacharlos de este «Geist der Kleinlichkeit» (este espíritu de pequeñez) que Beethoven, irritado, atribuía a uno de sus buenos amigos, y que él abominaba.

Beethoven no sería Beethoven si todo lo que es no lo fuese «con exceso». No elogio. No censura. Trato de pintarlo *todo*. Quien quiera comprenderlo debe poder abarcar el exceso de estos contrastes, que forman el balancín natural de su potente equilibrio. Sí, Beethoven es capaz de poseer casi simultáneamente — al menos en su juventud — la alegría y el dolor. El uno no excluye a la otra. Son los dos polos de su «genio eléctrico». Por allí se descarga y vuelve a cargarse su formidable vitalidad. Lo más extraordinario en él no es su capacidad enorme de sufrir y de amar, sino la elasticidad de su naturaleza. La crisis de 1802 es el ejemplo magnífico.

Beethoven está abatido. Jamás salió del pecho de un hombre un grito más desgarrador de desesperación que esta carta testamentaria (que nunca fué enviada). Mide la tierra. Pero es como el titán de la fábula, para volverse a levantar de un brinco, con una fuerza decuplicada...

« ¡No, yo no lo soportaría!... »

Domina al Destino...

«Tú no lograrás doblegarme por completo... »

En tales naturalezas el exceso del dolor determina la reacción saludable. La fuerza crece, con el enemigo que lo asalta. Y cuando el hombre abatido se yergue, no es ya un hombre solo: ES EL EJÉRCITO EN MARCHA DE «LA HEROICA».